

gado por una enfermedad, y te parecería una prodigalidad tonta cometer un homicidio por el mismo precio. Vamos, retiremonos á nuestros cuartos, y verémos mañana el resultado.

— ¿Que le has hecho tú para obligarla á obedecerte? dijo Foster temblando.

— Nada, respondió Varney; le he echado solamente una de aquellas miradas que doman á los locos, á las mugeres y á los niños. Me han dicho en el hospital de San Lucas (1), que tengo yo precisamente las miradas que son capaces de someter á los locos rematados. Los loqueros me pusieron en las nubes, y así, cuando me falte el favor de la corte, sé el modo de ganar un bocado de pan.

— ¿Y no temes, dijo Foster, que la dósis pueda ser desproporcionada?

— En tal caso, dijo Varney, su sueño será mas profundo, y este temor no es capaz de perturbar mi sosiego. A dios, amigos míos.

Tony Foster suspiró levantando los ojos y las manos ácia el cielo. El alquimista dijo que iba á continuar aquella noche una esperiencia de grande importancia, y Foster y Varney se separaron para entregarse al reposo.

(1) Hospital de los locos en Londres.

## CAPITULO XXIII.

« Ahora; que Dios me ayude en esta cruel peregrinacion! He desechado léjos de mí la esperanza de todo socorro humano. ¡Oh! ¿quien pudiera desear ser muger... esa criatura lamentable, desolada, tierna y fiel? La muger se vé tratada con dureza por aquellos mismos á cuya ternura tiene mas derecho, y todas sus bondades no sirven sino para hacer á los hombres ingratos. »

*La Peregrinacion de amor.*

ACABABA el dia; y temiendo, si diferia su ausencia, escitar investigaciones en una casa tan recelosa como el castillo de Cumnor, Juanita se dió prisa en volver, y subió al cuarto en que habia dejado á la condesa. Hallóla apoyada la cabeza en los brazos cruzados sobre una mesa, y entró Juanita sin que ella levantara los ojos ni hiciese el menor movimiento.

Esta fiel criada corrió ácia su ama como un relámpago, y sacandola de su abatimiento la preguntó que era lo que la habia puesto

en aquel estado. La infeliz Amy levantó la cabeza, y mirando á su compañera con gran tristeza la dijo: — Juanita, ya la he bebido.

— ¡Bendito sea Dios! dijo Juanita. Quiero decir que bendito sea Dios, porque nada ha sucedido. La bebida no puede hacer á vm. mal. Levantese vm., y sacuda ese letargo que entorpece sus miembros: no hay que desesperar.

— Dejame en paz, Juanita, dijo la condesa, dejame morir con tranquilidad. Estoy envenenada.

— No lo está vm., señora mia, no, replicó la muchacha, no lo está vm. Lo que ha bebido vm. no puede causarle daño, y he venido corriendo á toda prisa para decir á vm. que puede huir de aquí cuando guste.

— ¡Huir! dijo la desgraciada condesa levantandose de su silla, al paso que sus ojos recobraban su brillo y sus mejillas su color. Pero ¡ah! Juanita, es ya tarde.

— No, señora, no. Levantese vm., y demos cuatro pasos en el cuarto. Evite vm. que su imaginacion produzca el efecto que produciria el veneno. ¿No nota vm. haber recobrado el libre uso de todos sus miembros?

— Mi decaimiento es ya mucho menor, dijo la condesa paseándose en el cuarto, apoyada en el brazo de Juanita. Pero ¿es verdad

lo que dices? ¿no es un veneno lo que he bebido? Varney ha venido aquí luego que tú has salido, y echandome unas miradas en las que he leído mi destino, me ha ordenado beber aquella droga horrible. ¡O Juanita! ¡debe ser sin duda funesta! Jamas una bebida inocente ha sido presentada por semejante copero.

— No la creía tal vez inocente, replicó la muchacha; pero Dios confunde los designios de los malvados. Creame vm., lo juro por el santo Evangelio que nos colma de esperanzas, la vida de vm. está segura contra todos sus venenos.... Pero ¿no ha procurado vm. hacer ninguna resistencia?

— Todo estaba en silencio; faltabas tú, estaba él solo en mi cuarto, y es capaz de todos los crímenes. A condicion de que se quitase de mi presencia, he bebido lo que me ha presentado. Pero me has hablado de escaparme, Juanita: ¿podré ser acaso tan feliz?.....

— ¿Se cree vm. con fuerzas de decidirse y echar á andar?

— ¡Con fuerzas! respondió la condesa: pregunta á la cierva si, cuando los dientes del perro estan cerca de morderla, es bastante fuerte para saltar un precipicio. Tengo el ánimo suficiente para escaparme de aquí.

— Escucheme vm., dijo Juanita. Un hombre que creo firmemente que es uno de los amigos fieles de vm., se me ha presentado con diferentes disfraces, y ha procurado hablarme. Pero como me hallaba todavía dudosa, no he querido escucharle. Es aquel tendero ambulante que ha vendido á vm. varias cosas, el cojo fingido que me ha vendido los libros viejos. Siempre que salia estaba segura de tropezar con él, y los sucesos de esta tarde me han determinado á hablarle como convenia. Aguarda á vm. en la puerta secreta del parque, y se halla provisto de todo lo que es necesario para efectuar la evasion. ¿Pero se halla vm. con bastantes fuerzas y resolucion para huir?

— La que huye de la muerte sabe sacar fuerzas de flaqueza, y la que se escapa de la infamia lo hace siempre con valor. Solo el pensar que huyo del malvado que me quiere arrebatar la vida y la honra, bastaria para levantarme de mi cama hallandome en la última agonía.

— Entónces, señora, dijo Juanita, en el nombre de Dios debo dejar á vm., y confiarla á su santa guardia.

— ¿No quieres tú venir conmigo, Juanita? dijo la condesa con turbacion. ¿Vas á dejarme? ¿es esa tu fidelidad?

— Huiria con vm., señora mia, de tan buena gana como un pájaro que se escapa de la jaula, pero seria dar lugar á que se descubriese todo al momento, y á que nos siguiesen el alcance. Es preciso al contrario que yo me quede para ocultar la verdad. ¡Dios me perdone la mentira, por ser tan necesaria en esta ocasion!

— ¿Y tendré que viajar sola con un hombre que no conozco? dijo Amy. Piensalo bien, Juanita. ¿No podria ser esta alguna otra intriga mas negra y mejor calculada para separarme de tí, que eres mi única amiga y todo mi consuelo?

— No, señora, no lo crea vm., respondió Juanita con viveza. Ese jóven es sincero, es amigo del señor Tresilian, y ha venido aquí por su mandato.

— Si es amigo del señor Tresilian, dijo la condesa, me fiaré en su proteccion como en la de un ángel enviado del cielo, pues jamas ha podido echar en cara ninguno á Tresilian la bajeza ni el egoismo. Olvidabase al revés de sí mismo cuando podia servir á los otros. ¡Ah! ¡y como ha sido recompensado!

Reuniéron á toda prisa las pocas cosas indispensables que convenia que la condesa llevase consigo. Juanita hizo con todo, diestra

y prontamente, un atadito en el que no se descuidó de incluir todas las alhajas que encontró, y sobre todo los diamantes, que juzgó con razon podian ser muy del caso para salir de apuros. La condesa de Leicester cambió despues sus vestidos con los que Juanita solia llevar cuando hacia algun corto viage; porque les pareció necesario dar de mano á todo lo que pudiera hacerla notar. Miéntras se hacian estos preparativos, habia salido la luna, y todos los habitantes de aquella casa estaban durmiendo, ó por lo menos se habian retirado á sus respectivos cuartos. Ningun obstáculo presentaba por otra parte la salida de la casa y de la huerta, con tal que la ejecutasen en silencio. Tony Foster se habia acostumbrado á mirar á su hija, como un pecador á quien remuerde su conciencia miraria al ángel de su guarda que continuase en protegerle á pesar de sus maldades. Su confianza en ella no tenia límites: Juanita era dueña de todas sus acciones durante el dia, tenia una llave de la puerta trasera del parque, de modo que podia ir al pueblo cuando queria, ya para los asuntos domésticos de qué estaba encargada, ya para cumplir con los deberes piadosos de su secta. Verdad es que la hija de Foster gozaba de toda esa libertad con espresa condicion de no abusar de ella

jamás para dejar salir á la condesa, porque se habian concebido en esta parte algunos temores, desde que manifestó su impaciencia con motivo de las restricciones y cortapisas que la habian impuesto. Las horribles sospechas escitadas por la escena de la tarde apenas bastaron á decidir á Juanita á violar su palabra, ó á frustrar la confianza de su padre. Pero despues de lo que habia visto, se encontraba no solamente disculpada, sino forzosamente impelida á emplear todo su poder en poner en salvo á su señora, dando de mano á toda consideracion.

La condesa fugitiva y su criada atravesaron corriendo una senda que unas veces quedaba á oscuras por las ramas de los árboles que se entrelazaban sobre sus cabezas, y otras recibia una luz incierta y engañosa de los rayos de la luna por los claros que habia entre los árboles. Se hallaba el camino interceptado á cada paso por los árboles que habia abatidos, ó por las grandes ramas que habian quedado allí esparcidas, hasta que pudiesen reunir las para el consumo diario de la casa.

La fatiga y las sensaciones penosas de la esperanza y del temor debilitaron de tal modo las fuerzas de la condesa, que se vió precisada Juanita á rogarla que se detuviese un rato á descansar. Sentáronse las dos al pié de una

antigua encina, y volviéron naturalmente los ojos ácia el castillo que dejaban á la espalda. Su espaciosa fachada se distinguia á pesar de la oscuridad y la distancia; las chimeneas, las torres y el relox se elevaban sobre los tejados, y se dibujaban sobre el azul oscuro del cielo. Una sola luz brillaba en medio de las tinieblas. Estaba tan baja, que mas bien parecia salir de un sótano que de alguna ventana. Asustóse la condesa.

— Nos siguen, dijo, mostrando á Juanita la claridad que habia causado su inquietud.

Menos asustada que su ama, observó Juanita que la luz permanecia inmóvil, y dijo luego que aquella claridad salia de la celda en que el alquimista hacia sus esperiencias secretas, añadiendo: — Es de aquellos que se levantan y velan la noche para cometer la iniquidad. Un azar funesto envió aquí á un hombre que, mezclando en todos sus discursos la esperanza de los tesoros de la tierra con las ideas de una ciencia sobrenatural, reúne cuanto basta para seducir á mi padre. El buen señor Holdforth tenia razon en decir (pienso que lo decia para que algunas personas de nuestra casa se aprovecharan de la leccion): — Hay gentes que prefieren como el malvado Acab dar oidos á los sueños del falso profeta Zedequias, en lugar de escuchar las pa-

labras de aquellos por medio de los cuales ha hablado el Señor. Insistia sobre eso añadiendo: — ¡ Ah! hermanos míos, hay entre vosotros muchos Zedequias, hombres que os prometen las luces de su ciencia carnal, si quereis abandonar la razon que viene del cielo. ¿ Valen acaso mas que el tirano Naas, que pedia el ojo derecho de cada uno de cuantos estaban sometidos á él?....

¿ Quien sabe hasta que término y punto la memoria hubiera podido asistir á la linda puritana en la recapitulacion del discurso del señor Holdforth, si la condesa no la hubiera interrumpido para asegurarla que se hallaba ya en disposicion de caminar hasta llegar á la puerta del parque, sin necesidad de detenerse alguna otra vez?

Continuáron pues huyendo con mas resolucion. Juanita se atrevió á preguntar por la primera vez á su ama ácia que lado pensaba dirigir sus pasos. No recibiendo al pronto ninguna respuesta, porque quizá entre la confusion de sus ideas este objeto importante de deliberacion no le habia ocurrido aun á la condesa, Juanita añadió: — Probablemente ácia la casa paterna, en donde está vm. cierta de encontrar seguridad y proteccion.

— No, Juanita, dijo triste la dama, he dejado el castillo de Lidcote con un corazon

feliz y un nombre honroso. No volveré á él sino cuando el permiso de mi esposo y la publicacion de mi matrimonio me restituyan á mi familia y á los lugares que me viéron nacer, con todos los honores y todas las distinciones de que me ha colmado.

— ¿Adonde irá vm. pues, señora? dijo Juanita.

— A Kenilworth, hija mia, dijo la condesa con resolucion: iré á ver esas fiestas, esas magnificencias reales, cuyos preparativos meten tanto ruido en el mundo. Me parece que cuando la reina de Inglaterra está festejada en el palacio de mi marido, la condesa de Leicester no debe ser un huésped importuno.

— Ruego á Dios que sea vm. muy bien recibida, dijo Juanita.

— Abusas de mi situacion, Juanita, y pierdes de vista la tuya, dijo la condesa muy enfadada.

— ¡Ah! respondió triste la muchacha, ¿se ha olvidado vm. de que el noble conde ha dado las órdenes mas severas de ocultar su casamiento, para conservar su favor en la corte? ¿Puede vm. creer que su repentina aparicion en su castillo, en tales circunstancias y delante de tales testigos, le ha de ser agradable?

— Tú piensas que no le haré honor, dijo la condesa; suelta mi brazo, puedo andar sin socorro y obrar sin tus consejos.

— No se enfade vm. conmigo, dijo Juanita, y permitame vm. que la sostenga todavía: es áspero el camino, y no está vm. acostumbrada á andar á oscuras.

— De ese modo, dijo la condesa enfadada todavía, supones que el conde de Leicester es capaz de favorecer y quizá de haber ordenado los atentados horribles de tu padre y de Varney, de que hablaré al noble conde.

— Por el amor de Dios, señora, no culpe vm. á mi padre en su relacion, dijo Juanita; que sirvan de espiacion mis servicios, aunque són tan limitados.

— Cometeria la mayor injusticia si pudiese obrar de otra manera, mi querida Juanita, dijo la condesa que recobró de repente su tono ordinario. Sí, Juanita, jamas diré una palabra que pueda perjudicar á tu padre; pero bien ves, hija mia, que mi único deseo es el de abandonarme á la proteccion de mi esposo. La perversidad de las personas que me rodeaban me ha obligado á huir de la habitacion que él me habia destinado; pero en esto solo dejaré de obedecerle. No quiero apelar sino á él; solo por él quiero ser guardada y protegida. Yo no he manifestado á

alma viviente, ni lo haré jamas sin su permiso, los nudos secretos que unen nuestros corazones y nuestra suerte. Quiero verle y recibir de su misma boca las reglas é instrucciones de mi conducta futura. No te empeñes en combatir mi determinacion, Juanita, pues será tiempo perdido, y machacar en hierro frio. Si he de decirte la verdad, estoy decidida á saber cual es mi suerte, sin mas dilaciones, de los labios mismos de mi esposo. Quiero ir á buscarle á Kenilworth; este es el medio mas seguro de cumplir mi designio.

Juanita, calculando en su mente las dificultades y la incertidumbre inseparables de la posicion de su infeliz señora, se inclinaba á la opinion contraria á la que acababa de manifestar. Empezaba por tanto á pensar que, bien considerado todo, el primer deber de la condesa, abandonando la habitacion que su esposo la habia destinado, era ir á encontrarle para disculpar su conducta.

Conocia cuanto importaba al conde que su casamiento permaneciese secreto, y que haciendo sin su consentimiento alguna cosa que podia hacerle público, la condesa se esponia á escitar toda la indignacion de su esposo. Si volvía á casa de su padre sin manifestar su rango, semejante situacion causaria necesariamente en su honor los mas funestos efec-

tos; y si le manifestaba, podria seguirse inmediatamente entre Leicester y ella una desunion completa. Por otra parte, en Kenilworth podia defender su propia causa; y aunque no tenia en él tanta confianza como la condesa, no le creia tampoco capaz de tener parte alguna en los proyectos criminales de sus hechuras. La condesa se escapaba de entre sus manos, y Juanita sabia que todos los medios les serian buenos para ahogar sus justas quejas. Pero aun pensando lo peor que pudiera suceder, y suponiendo que la rehúsase el conde toda justicia y proteccion, sin embargo en Kenilworth tendria siempre, para poder hacer pública la injusticia que se le hacia, á Tresilian por abogado, y á la reina por juez; pues Juanita habia aprendido todo esto en la corta conferencia que tuvo con Wayland. Asi es que aprobó que fuese su señora á Kenilworth, y la recomendó no obstante la mayor prudencia para hacer saber á su esposo su llegada.

— ¿Y has tomado tú misma todas tus medidas, Juanita? dijo la condesa: ¿este guia á quien me voy á confiar, sabe cual es mi situacion?

— De mí no ha podido saber nada, dijo Juanita, y no creo que sepa mas que lo que generalmente piensan todos los demas.

— ¿Que piensan pues? preguntó Amy.

— Que ha abandonado vm. la casa de su padre; pero volverá vm. á enfadarse contra mí, si continuo, dijo Juanita interrumpiéndose.

— No, continua, dijo la condesa, preciso es que yo aprenda á oír los rumores vagos que ha ocasionado mi imprudencia. Piensan tal vez que he abandonado la casa de mi padre por seguir á un amante á quien me unan lazos ilegítimos. Es un error que se desvanecerá luego; sí, pronto se desengañarán, porque estoy resuelta á vivir con una reputacion muy buena, ó á dejar de existir. ¿Piensan segun eso que soy la querida de Leicester?

— Los mas creen que lo es vm. de Varney, dijo Juanita. Sin embargo algunos piensan que no es mas que una cobertera con la que oculta el conde sus placeres. Alguna cosa ha transpirado acerca de los gastos escesivos que ha hecho para amueblar este castillo, y semejante profusion no está al alcance de la fortuna de un Varney; pero esta última opinion no es general. Cuando se trata de un personage tan elevado, nadie se atreve á manifestar su opinion ni sus sospechas, temiendo ser castigado por la *cámara de la Estrella*, por haber calumniado á la nobleza.

— Hacen bien en hablar con sordina, dijo

la condesa, los que puedan creer que el ilustre Dudley es cómplice de un miserable como Varney.... Hemos llegado á la puerta del parque. ¡Ah! ¡Juanita querida, es preciso que me despida de tí! No llores, hija mia, dijo procurando ocultar con una alegría aparente la repugnancia que tenia de separarse de su criada fiel. Y cuando volvamos á vernos, que encuentre yo, Juanita, en lugar de ese fichú sencillo que tienes ahora, un encaje bordado que deje ver tu cuello hermoso. Deja ese corsé, que solo puede ser bueno para una dueña, poniendo en su lugar otro de paño de seda ó de terciopelo. En mi cuarto encontrarás muchas cosas que te regalo de muy buena gana. Es preciso que te vistas y te adornes bien, pues aunque no eres ahora mas que la criada de una dama desgraciada y errante, sin nombre ni reputacion, cuando nos volvamos á ver, ya será otra cosa. Será preciso que tus trages convengan á la que ocupará el primer lugar en la amistad y en la casa de la primera condesa de Inglaterra.

— ¡Dios la escuche á vm., señora mia, y permita, no que me vista yo con mayor lujo, sino que podamos las dos poner nuestros corsés sobre corazones mas tranquilos y contentos!

Durante esta conversacion la cerraja de la



puerta secreta, despues de una vigorosa resistencia, habia cedido á la llave de Juanita, y se encontró la condesa, temblando en su interior, fuera de las paredes que su marido le habia designado como el límite de sus paseos. Wayland las aguardaba con la mayor inquietud, ocultandose detras de los árboles que habia á los lados del camino.

— ¿Está todo pronto? le dijo Juanita cuando se acercó á ellas.

— Todo, respondió él; pero no he podido hallar un caballo para la señora. Gil Gosling, cobarde publicano, no me ha querido dar uno por ningun dinero, temiendo, decia, las results. Pero no importa, irá en el mio, y yo la acompañaré á pié hasta que pueda encontrar otro. No podrán perseguirnos, si no se olvida vm. de la leccion, Juanita hermosa.

— No la olvidaré, como no olvidó la viuda de Tekoa las palabras que Joab puso en su boca, respondió Juanita; diré mañana que mi señora no puede levantarse.

— Sí, y que está indispuesta, que tiene dolor de cabeza y agitado el corazon, y u e quiere que la dejen sola. Nada temas; al instante caerán en lo que es, y no te preguntarán nada, porque conocen la enfermedad.

— Pero descubrirán pronto mi ausencia,

dijo la condesa, y matarán á Juanita por vengarse. Mas quiero volverme atras que dejarla en semejante riesgo.

— No se inquiete vm. por eso, respondió Juanita. ¡Ojalá estuviese vm. tan segura de ser bien recibida por aquellos á quienes debe dirigirse, como lo estoy yo que mi padre, por mas enfadado que esté contra mí, no permitirá que me hagan el menor mal!

Colocó Wayland á la condesa sobre su caballo, poniendo su capa al rededor de la silla para que formase un asiento cómodo.

— ¡A dios, y que la bendicion del cielo acompañe á vms.! dijo Juanita volviendo á besar la mano á la condesa, que le contestó con cariño. En fin se separaron, y Juanita, volviendose ácia Wayland, dijo: ¡Que trate á vm. el cielo, cuando le implore en sus necesidades, del mismo modo que trate vm. á esta dama tan injustamente perseguida y tan desprovista de socorros!

— ¡Asi sea, hermosa Juanita! dijo Wayland. Creame vm., corresponderé á su confianza de un modo que merezca que esos lindos ojos, con ser tan devotos, me miren con mas agrado cuando nos volvamos á ver.

Las últimas palabras de esta despedida fueron pronunciadas en voz baja. Juanita no

dió una respuesta directa; pero sus miradas, dirigidas sin duda por su deseo de contribuir cuanto podia á la seguridad de su señora, eran tiernas, y no debieron destruir las esperanzas que anunciaba el discurso de Wayland. Entró por la puerta secreta, y la cerró por dentro. Wayland cogió la brida del caballo, y la condesa y él diéron principio en silencio á su viage.

Por mas diligencia que quiso hacer Wayland, era sin embargo tan lenta aquella manera de caminar, que cuando empezó á amanecer, aun no se habian alejado mas que diez millas de Cumnor.

— ¡Que cargue el diablo con todos los posaderos pródigos de buenas palabras! dijo el artista no pudiendo ocultar mas largo tiempo su despecho y su inquietud. Si ese traidor Gil Gosling me hubiese redondamente dicho hace dos dias que no contase con él, hubiera hecho diligencias por otro lado; pero tienen tal costumbre de prometer cuanto les piden, que puntualmente cuando es preciso herrar el caballo, dicen que no tienen herraduras. A haber sabido esto, me hubiera yo compuesto de treinta maneras. Para una ocasion semejante no habria tenido reparo alguno en echar mano de un caballo del pueblo vecino, y con devolverle inmediatamente al

alcalde de barrio, era un asunto concluido. ¡Maldito sea quien ponga los piés en la tal posada de *el Oso negro!*

Procuraba la dama tranquilizar á su guia, diciendole que, cuando hubiese amanecido, podrian caminar mas á prisa.

— Es cierto, señora, respondió él; pero con la claridad del dia podrán notarnos otras personas, lo que puede ser muy incómodo al empezar nuestro viage. Poco me importaria eso si nos hallásemos mas léjos; pero el condado de Berk, desde que conozco el pais, está cubierto de genios malignos que se acuestan tarde y se levantan temprano, con solo el objeto de observar las acciones de todo el mundo: esa raza maldita me ha puesto en peligro muchísimas veces. Pero no se asuste vm., bella señora, añadió; el ingenio, por poco que le favorezca la ocasion, sale siempre con felicidad de cualquier mal paso.

Los recelos de Wayland hicieron en la condesa mas impresion que los consuelos que juzgó conveniente añadir. Miraba á todos lados recelosa é inquieta, y segun iba el horizonte arrebolando el oriente con mas vivo colorido y anunciando la salida del sol, se imaginaba á cada paso que la claridad del dia los entregaria á la venganza de sus persegui-

dores, ó que su viage iba á ser interrumpido por algun obstáculo insuperable.

Wayland Smith, notando sus temores, y sintiendo haberlos causado, empezó á caminar delante de ella, manifestandose de buen humor. Unas veces hablaba á su caballo como quien sabia el idioma de las caballerizas, otras solfeaba en voz baja retazos de letrillas; aseguraba despues á la dama que no habia peligro ninguno, y al mismo tiempo miraba por todos lados para descubrir si habia á la vista alguna cosa que pudiese desmentir sus palabras en el momento mismo en que las pronunciaba. Continuáron caminando de este modo, hasta que una rara casualidad les ofreció los medios de seguir su viage de una manera mas cómoda y con mayor celeridad.




---

## CAPITULO XXIV.

RICARDO. ¡Un caballo! ¡un caballo!  
¡mi reino por un caballo!

CATESBY. Milord, voy á dar á vñ. un  
caballo.

RICARDO III.

PASABAN nuestros viageros por una grande arboleda que se hallaba al borde del camino, cuando se ofreció á su vista la primera alma viviente que encontráron desde su salida de Cumnor. Era un muchacho rústico, tonto al parecer y criado de algun labrador. Tenia la cabeza descubierta, un vestido ceniciento, caídas las calcetas, y unos zapatos enormes. Tenia por la brida lo que mas necesitaban en el mundo, es decir un caballo con silla de muger, y las demas cosas necesarias. El patañ se acercó á Wayland preguntandole: ¿Señor, son vms.?

— Si por cierto, nosotros somos, amigo mio, respondió Wayland sin vacilar un solo instante. Preciso es confesar que cualquiera otro mas escrupuloso que el ex-brujo hubiera caido en la tentacion. Al decir esto, cogió la brida del caballo de las manos del muchacho,